

CUADERNOS DE CIENCIAS POLÍTICAS

No. 6

Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas
Pregrado en Ciencias Políticas

10 años
III
PREGRADO EN
Ciencias
Políticas
Universidad EAFIT



UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

CUADERNOS DE CIENCIAS POLÍTICAS

No. 6

Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas
Pregrado en Ciencias Políticas





UNIVERSIDAD
EAFIT
Abierta al mundo

Juan Luis Mejía Arango
Rector

Julio Acosta Arango
Vicerrector

Hugo Alberto Castaño Zapata
Secretario General

Jorge Alberto Giraldo Ramírez
Decano Escuela de Ciencias y Humanidades

Santiago Leyva Botero
Jefe del Departamento de Gobierno y Ciencias Políticas

Alejandra Ríos Ramírez
Jefa del pregrado en Ciencias Políticas

Alejandra Ríos Ramírez
Editora académica

Mateo Navia Hoyos
Corrector

ISSN: 2389-9840

Portada:

Mauricio Arroyave Salazar

Diseño, diagramación e impresión

Pregón S.A.S.

Medellín,
Octubre de 2014

Universidad EAFIT

Misión

La Universidad EAFIT tiene la Misión de contribuir al progreso social, económico, científico y cultural del país, mediante el desarrollo de programas de pregrado y de postgrado –en un ambiente de pluralismo ideológico y de excelencia académica– para la formación de personas competentes internacionalmente; y con la realización de procesos de investigación científica y aplicada, en interacción permanente con los sectores empresarial, gubernamental y académico.

Valores Institucionales

Excelencia:

Calidad en los servicios ofrecidos a la comunidad
Búsqueda de la perfección en todas nuestras realizaciones
Superioridad y preeminencia en el medio en el que nos desenvolvemos

Tolerancia:

Generosidad para escuchar y ponerse en el lugar del otro
Respeto por las opiniones de los demás
Transigencia para buscar la conformidad y la unidad

Responsabilidad:

Competencia e idoneidad en el desarrollo de nuestros compromisos
Sentido del deber en el cumplimiento de las tareas asumidas
Sensatez y madurez en la toma de decisiones y en la ejecución de las mismas

Integridad:

Probidad y entereza en todas las acciones
Honradez o respeto de la propiedad intelectual y de las normas académicas
Rectitud en el desempeño, o un estricto respeto y acatamiento de las normas

Audacia:

Resolución e iniciativa en la formulación y ejecución de proyectos
Creatividad y emprendimiento para generar nuevas ideas
Arrojo en la búsqueda de soluciones a las necesidades del entorno

El concepto de ideología en la configuración del discurso político

Giovany Areiza Madrid

Estudiante de Ciencia Política de la Universidad de Antioquia¹

Resumen

El presente artículo plantea una propuesta conceptual y de análisis alrededor del concepto de ideología, aduciendo a la imposibilidad de encontrar un único consenso teórico que predomine en la producción de la literatura referente al tema, pero del que se desprenden algunos acuerdos conceptuales que posibilitan aproximarse a su definición. A partir de una revisión documental, el escrito desarrolla una perspectiva de análisis político del concepto a la luz de diversas interpretaciones que lo ubican como uno de los principales sustentos en la construcción del discurso político, y de esa misma manera se articula como el detonante de la acción política.

Introducción

La representación social del mundo configura el núcleo de todas las ideologías. Ofrecer una imagen de la sociedad vista desde un ángulo particular permite dotar las construcciones discursivas de fuertes y rígidas cosmovisiones que posibilitan formular una interpretación específica del mundo social en su conjunto; lo que supone una concepción de la realidad y un interés explícito por formular, asimismo, una concepción ideal de estructuración y organización de tal realidad. Bajo este interés de hacer cognoscible un estado de cosas adaptadas a ciertas perspectivas, se fundamentan los dos elementos característicos más importantes que serán abordados por este escrito, a saber, la directriz ideológica que configura un discurso político, y los lineamientos ideológicos hacia la consolidación de un programa concreto de acción. Las líneas que constituyen esta reflexión se esfuerzan

1 Joven investigador de la línea *Guerra, derecho, paz y orden mundial* del grupo Filosofía Política de la Universidad de Antioquia. Miembro del Comité Científico de la Cátedra UNESCO para la Resolución Internacional de Conflictos y Construcción de Paz.



por ofrecer un marco de análisis que apunte a develar los principales encuentros y desencuentros de algunas conceptualizaciones que se inscriben en una tradición de propuestas teóricas de definición de la ideología.

Para permitirme desarrollar un esbozo conceptual que pueda brindar luces en la clarificación de la ideología como concepto y su rol protagónico en el pensamiento y la acción política, el presente trabajo se ha dividido en cuatro partes. En la primera parte se expone un acercamiento conceptual elaborado por algunos autores que constituyen los primeros elementos de comprensión del complejo revestimiento que cubren las ideologías políticas; en la segunda parte se esbozan los elementos que dibujan una fuerte interrelación entre la ideología como paradigma particular de conocimiento de interpretación del mundo, y de la ideología como motor discursivo de la acción política; en la tercera parte, la argumentación se dirige a exponer los principales problemas y dificultades latentes en la definición del concepto; finalmente, se proponen algunas conclusiones que visibilizan nuevos debates a futuro y dejan abierta una enriquecida discusión, de la que se espera se identifiquen nuevos horizontes comprensivos a partir de futuras conceptualizaciones que consoliden estos temas dentro de un ámbito más amplio del análisis politológico.

Conceptualizando la ideología

Para comprender la noción de ideología debe tenerse en cuenta que su definición comprende una gran amplitud de posiciones y perspectivas teóricas que históricamente han tratado de dotar de significado al término en sí mismo. Sin embargo, este trabajo parte del supuesto de que se hace necesario establecer algunos acuerdos conceptuales si se quiere construir un marco delimitado de análisis que sirva como referente teórico y disminuya los cauces de ambigüedad e indeterminación al que se ve expuesto por su fácil volatilidad e instrumentalización.

Dentro de las diversas definiciones que desarrollan múltiples autores, puede evidenciarse un primer consenso que estructura la base de su interpretación, en el cual las ideologías comparten dos características principales, a saber, una representación de la sociedad y un programa político, cuya imagen que de aquí se estructura, ofrece un estado de cosas fácilmente aprehensible, desde donde se moldea el mundo social sostenido desde cierta óptica de lo que es y debe ser la realidad. Es en esta dirección que Terry Eagleton (1997) afirma la posibilidad de atender a una primera definición fuertemente aceptada y valorada en la literatura, a saber, aquella que relaciona la ideología con la legitimidad del poder de un grupo o clase dominante (1997: 24), en la que el significado reside en la configuración de un discurso que sirva para sustentar relaciones de dominio.

Quienes pugnan en esas luchas por hacerse al poder, buscan diversas estrategias para legitimar dichas relaciones de dominación:

Un poder dominante se puede legitimar por sí mismo promocionando creencias y valores afines a él; naturalizando y universalizando tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; denigrando ideas que puedan desafiarlo; excluyendo formas contrarias de pensa-

miento, quizá por una lógica tácita pero sistemática; y oscureciendo la realidad social de modo conveniente a sí misma (Eagleton, 1997: 25).

Para continuar estableciendo algunos ejes conceptuales que han adquirido un consenso en el estudio de la ideología, es necesario precisar que, aunque suele hacerse referencia a la relación cuasi incuestionable entre ideología y poder, no debe pasarse por alto que las configuraciones ideológicas representan la articulación de un sistema de ideas que presentan una perspectiva determinada de la realidad, que sin embargo, como sugieren Karl Marx y Friedrich Engels (1974), esas ideas podrán ser falsas por sí mismas, en tanto “conciben ellas mismas el mundo social como es y lo que debería ser” (1974: 16). Este conjunto de ideas encuentran su base legitimadora en diferentes ámbitos de actuación y pensamiento de las personas, como lo son la cultura, la política, la sociedad ordenada, la religión, el sistema económico, la moral, la identidad, e incluso factores legitimadores que encuentran su base ideológica en criterios meramente territoriales, delimitados geográficamente o afincados a una región en particular.

El proceso de construcción de un sistema de ideas favorable a unas posiciones y contrario a otras, ha significado la expresión de un tipo de discurso que se esfuerza por “dar lugar y guiar los comportamientos políticos colectivos” (Stoppino, 1991: 755) que se encaminan hacia intereses particulares para empezar a enmarcarse en expresiones políticas que tienden a disputar la toma del poder, y asimismo establecer las relaciones sociales de dominación, las cuales se fundamentan a partir de un complejo sistema de creencias, motivaciones, percepciones o ilusiones que adquieren una característica propia de la ideología como falsa conciencia, a saber, la pretensión última de verdad absoluta.

Los grupos, organizaciones o clases que detentan el poder, reafirman la perspectiva teórica que plantea una falsación de la percepción del mundo, cuya realización supone primero que quien domina se asegure internamente (sin ningún tipo de mala conciencia y apoyado en preceptos morales) de la rectitud de su poderío; y segundo, que consiga convencer a sus dominados de la bondad de su poder. Por tanto, la ideología constituye el escenario donde los actores políticos ponen en claro y justifican sus acciones, que en persecución de intereses divergentes, proyectan una imagen de la realidad revestida con el máximo interés de convertir sus posturas en verdades incuestionables.

La noción de la ideología como una creencia falsa –o también una incredulidad– encuentra su asidero en posturas dogmáticas, doctrinarias y hasta pasionales que son socialmente determinadas por las relaciones de poder entre las clases o grupos, las cuales “justifican esas relaciones dotándolas de una falsa conciencia” (Stoppino, 1991: 756). Debe establecerse conceptualmente que entre las diversas relaciones de dominación que se sustentan en una falsa conciencia “se manifiesta inmediatamente una doble relación: una parte como una relación natural, y otra como una relación social” (Marx y Engels, 1974: 31). Principalmente social en el sentido de que por ella se entiende la cooperación de diversos individuos, cualesquiera sean sus condiciones, de cualquier modo y para cualquier fin.

La expresión discursiva de una ideología que apunte a constituirse en una aparente verdad y socialmente legítima, se encuentra ornamentada por juicios de valor, frases apelativas



y sentencias aclaratorias (Cfr. Seliger, 1976: 119), cuya intencionalidad hace referencia a normas morales que se relacionan e interpretan como una doctrina. Lo doctrinario debe entenderse, siguiendo a Robert Eccleshall, como postulados significativamente ideológicos que presentan “un conjunto de opiniones no totalmente coherentes entre sí, ni enteramente verificadas ni verificables, pero tampoco nítidamente distorsionadas” (Eccleshall, 1993: 30). Estas opiniones, que *de facto* representan una conciencia moralmente sólida y socialmente aceptada, se refieren a distintas modalidades de las relaciones humanas y las organizaciones sociopolíticas tal como podrían y deberían ser, y desde esta perspectiva, hacen alusión a un orden existente.

La propuesta teórica de Norberto Bobbio (1993) permite profundizar este primer nivel de conceptualización que aquí se propone, sobre todo porque dicha elaboración conceptual supone dos distinciones que trazan el eje de una sólida argumentación que goza de gran reconocimiento en la literatura hasta la actualidad. En ese sentido, estas dos caracterizaciones comprenden, por una parte, una visión de la ideología con un significado débil, y por otra, un significado fuerte de la ideología. Para entender el sentido débil, la ideología que aquí se caracteriza realiza una interpretación del ordenamiento político y se esfuerza por establecer sistemas de creencias políticas conectadas a la acción (Cfr. Stoppino, 1993: 757) dirigidas a cambiar o defender un orden político existente, el cual, teleológicamente, fija el sostenimiento de un partido o grupo comprometido con la lucha política.

Siguiendo este hilo argumentativo, puede interpretarse, desde el sentido débil, la propuesta desarrollada por Brzezinski. En palabras del autor:

La ideología puede definirse como un programa apto para la acción de masas, derivado de determinados asuntos doctrinales sobre la naturaleza general de la dinámica de la realidad social, y que combinan ciertas afirmaciones sobre la inadecuación del pasado o del presente con ciertos rumbos explícitos de acción para mejorar la situación y ciertas nociones sobre el estado de cosas final y deseado (Stoppino, 1993: 757).

El mismo Stoppino trata de elaborar una tipología de los postulados ideológicos de los sistemas unipartidistas para ejemplificar este sentido, en el cual se reconocen las ideologías totalitarias, las ideologías milenaristas, las ideologías tutelares, y las administrativas. Las dos primeras, apuntan a la transformación total del sistema; las otras dos se dirigen hacia una transformación parcial del sistema por parte del partido que detente el poder. En ese orden de ideas, esas inseparables relaciones entre ideología y poder, definen los sistemas de creencias ideológicas, los cuales poseen una mentalidad dogmática y doctrinaria, con un fuerte componente motivacional que le confiere un alto potencial de actividad, que finalmente sirven para “explicar los conflictos de poder político” (Stoppino, 1993: 758).

Precisamente porque los individuos buscan reafirmar su interés particular, que para ellos no coincide con el interés común (Cfr. Marx y Engels, 1974: 43) es que se erigen postulados ideológicos caracterizados por una falsa representación, que desde la perspectiva conceptual de Marx y Engels, configuran el sentido fuerte de la ideología, el cual se plantea desde cosmovisiones deterministas por las relaciones de dominación entre las clases, y que

justifican estas últimas dotándolas de una falsa conciencia. En esa dirección discursiva, Marx afirma que en cualquier momento histórico dado ciertas perspectivas socialmente determinadas “entrañan más verdad que otras” (Cfr. Eagleton, 1997: 79) pero en términos de ofrecer claridad, el mismo autor sugiere que es debido a las determinaciones sociales que la ideología se vuelve falsa, lo que permite comprender este sentido fuerte en que una ideología se convierte en una falsa representación, donde esta representación que deviene “no corresponde a los hechos” (Cfr. Stoppino, 1993: 763). En síntesis, este lente marxista para leer la ideología considera que las imágenes y las representaciones que los hombres se hacen del mundo social y de sí mismos son determinadas por el proceso real de la vida en que actúan.

Finalmente, el tercer sentido que aborda este apartado es también de gran relevancia para la conceptualización de la ideología, sobre todo porque abre las puertas a la interacción entre ideología y discurso político, muy significativa para este trabajo, pues desde la época de la Revolución Francesa este término adquirió un significado despectivo, entre los cuales cada elaboración discursiva que buscaba enaltecer las virtudes y bondades del proceso revolucionario fue intencionalmente asociado con postulados dogmáticos y especuladores (Cfr. Wilford, 1993: 67). En ese sentido, la ideología fue ubicada en una posición de descrédito y desprestigio que pasó a significar una perspectiva parcial y desfigurada del mundo social, el cual únicamente podría corregirse aplicando el realismo político. En resumidas cuentas, estos actores políticos considerados peyorativamente como “ideólogos”, eran estigmatizados y señalados como tales porque sus percepciones no podían establecer una forma de conocimiento superior y socialmente útil, y sobre todo, porque “dichas extravagantes especulaciones estaban divorciadas de la realista práctica política” (Wilford, 1993: 68).

La ideología: entre el discurso y la acción política

La literatura referida a la conceptualización de la ideología coincide en que la interpretación marxista sigue teniendo basta importancia, principalmente porque pudo concertar con una larga tradición teórica la inexistencia de posiciones y percepciones imparciales que salvaguarden el interés general (Cfr. Marx y Engels, 1974: 48) toda vez que estas prácticas discursivas y antagónicas reducen la sociedad a un campo de batalla por el poder político caracterizado por una pugna de intereses irreconciliables. Por ello, es menester presentar aquí los principales acercamientos teóricos a la formulación de ejes programáticos y programas concretos de acción que involucran una serie de prácticas sustentadas en orientaciones y fines de carácter político.

Las creencias ideológicas han sido esencialmente partidistas, es decir, adoptan o configuran intereses y aspiraciones políticas particulares, pues las ideas no solo proceden de prácticas sociales antagónicas sino que contribuyen a reproducirlas. Tradicionalmente, como lo señala Eccleshall, “la ideología se ha convertido en un acólito servil de los intereses de los grupos dominantes que controlan la propagación del conocimiento social a través de su discurso, cuya función consiste en amparar las formas de producción exis-



tentes y sus relaciones de dominio y subordinación” (1993: 32). Bajo esta perspectiva, la interpretación marxista sugiere que el discurso de la clase dominante es el discurso dominante de cada época; es decir, los discursos dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, en las que “las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también los que confieren el papel dominante a sus ideas” (Marx y Engels, 1974: 51).

Cada grupo o clase social que esté o no en posición de detentar el poder, debe comprenderse, siguiendo a Eagleton, como aquellos que tienen la capacidad de construir discursos políticos ideológicos que condicionan poderosamente las prácticas de la vida real (Cfr. Eagleton, 1997: 105), pues aquí se plantea la necesidad de que dichos discursos produzcan significados, signos y valores en la vida cotidiana. En esa misma medida, una ideología política, desde el discurso, propone una ilusión socialmente necesaria, universal y natural, que le permita disputar el control del poder político y que, posteriormente, le posibilite los criterios legitimadores de su dominación. Esta última se reviste de juicios de valor que permiten enmascarar los motivos reales de la dominación o de la obediencia, lo que podría bien ser “una falsa motivación que cree en la superioridad moral y natural de quien domina frente a quien padece la dominación” (Stoppino, 1993: 767).

Para el análisis politológico del concepto, se hace considerablemente relevante comprender que los discursos políticos no son teorías científicas que se limitan a la explicación descriptiva, pues en esa misma dirección se encuentran elementos prescriptivos, y estos últimos son esenciales desde el momento que las creencias políticas “tienen una función eminentemente práctica” (Stoppino, 1993: 764). Eagleton expone sintéticamente la interrelación entre las ideologías políticas y las motivaciones y pasiones expresadas socialmente en la vida práctica:

La definición de la ideología como conjunto de ideas por las que los hombres proponen, explican y justifican fines y significados de una acción social organizada y específicamente de una acción política, configura el margen de si tal acción se propone preservar, enmendar, desplazar o construir un orden social dado (Eagleton, 1997: 26).

Como sugiere gran parte de la literatura, y en lo que han consensuado una gran tradición de autores, las ideologías surgen y se desarrollan a partir de unas circunstancias sociales y no surgen a menos de que se atravesasen sucesos y antagonismos sociales, pues “el devenir de cada ideología es también el devenir de las prácticas sociales en cuyo seno nace y se desenvuelve” (Wilford, 1993: 69). Partiendo de dicha aproximación teórica, la ideología expresa en la práctica social la capacidad para captar adeptos, pues un grupo social tiene que buscar aliados, y quienes se comprometen ideológicamente han de persuadir a los demás para que contemplen el mundo social a través de su propia perspectiva y sistema de creencias y valores.

La ideología como motor discursivo para motivar y provocar la acción política y pragmática de los diferentes grupos o clases sociales, suele sustentarse, según Eagleton, “en los criterios últimos que proporciona la noción de justicia” (1997: 87), pues una ideología

dominante convence a menudo a los subordinados de que la actual distribución del poder y la riqueza es justa y mutuamente conveniente. Asimismo, el grupo que detenta el poder se apoya en la noción de libertad, pues, como señala Isaiah Berlin, “no sentirse libre conlleva a la rebelión y a la insubordinación, por ello el orden político dominante debe convencer desde su discurso que sus dominados gozan de basta y amplia libertad” (1958: 7). En ese sentido la falsa representación de pérdida o ganancia de libertad y la percepción socialmente aceptada de injusticia de las ideologías políticas, implica necesariamente el surgimiento de un detonante de la acción política.

Uno de los principales acuerdos a que ha llegado la mayoría de autores en el ámbito definitorio del concepto, ha sido la posibilidad de que una acción política orientada por un discurso ideológico puede fácilmente acceder al espectro de las concepciones del mundo más extremistas y radicales. Estas posiciones (comúnmente concebidas como la máxima expresión de una falsa representación) se han hecho a una gran cantidad de adeptos, que como subordinados, ponen en riesgo la estabilidad de los poderes dominantes; y que en otra vía, como dominadores, profundizan su dominación con prácticas sociales autoritarias que generan el suficiente descontento generalizado que puede llevar a su derrota o al cambio de rol en las relaciones de poder.

En contraposición a esas ideologías extremistas se encuentran un tipo de ideologías que se sostienen en una base biopolítica, en la que la acción y el discurso están orientados a la permanencia y prolongación de la vida y el mundo natural, pues como señala una corriente de la tradición teórica orientada a la conservación y preservación del medio ambiente, el discurso político se plantea convincentemente como un cambio de concepción del mundo social, toda vez que bajo esta estrategia teórica “la política ecológica no está obviamente relacionada con intereses de clase, pues este discurso es una prolongada distorsión en otra dirección, exagerando imprudentemente una posición por lo demás válida” (Eagleton, 1997: 256). En resumen, desde esta perspectiva, la práctica política no reconoce intereses de clase y constituye los intereses que representa, modificándolos y transformándolos por sus intervenciones.

Problemas del análisis conceptual

Como se ha venido planteando en este trabajo, debido a la amplitud y divergencia que se plantea alrededor de este volátil concepto, se hace necesario proponer, en términos de seguir delimitando el espectro de caracterización de la ideología, las principales acepciones y postulados que recurren a diversas desavenencias producto de las múltiples perspectivas, a veces conflictivas, y a veces correlacionadas, para cuestionar el significado del término o reafirmarlo frente a la realidad social como interés central del análisis político.

La ciencia suele frecuentemente contraponerse a la ideología, pues en estos postulados se intentan neutralizar todo tipo de juicios de valor del que se pretende eficazmente formular algún tipo de conocimiento perceptible en la realidad. Frente a ello, Eagleton expone que las ideologías teóricamente elaboradas de la ciencia “son cristalizaciones



de un nivel de existencia más fundamental, pero la relación entre ciencia e ideología, la mayoría de los casos es dialéctica” (Eagleton, 1997: 76).

A pesar de que históricamente la ideología significó el estudio científico de las ideas humanas, muy pronto el objeto pasó a dominar el enfoque, y el término ideología “pasó rápidamente a significar los propios sistemas de ideas” (Eagleton, 1997: 78). Por tanto, un ideólogo era más alguien que defendía las ideas, que alguien que las analizaba, pero que implicaba que la ideología existiera precisamente como una ciencia, como una indagación racional de las leyes que rigen la formación y desarrollo de las ideas.

Otro importante problema señalado por este trabajo tiene que ver con la gran tradición teórica que proclamó “el fin de las ideologías”, pues una gran cantidad de autores occidentales que habitan en sociedades industrializadas y avanzadas, conceptualizaron la ideología como una etapa tenebrosa y turbulenta que debía pasar a la historia, pues el florecimiento de un sistema industrializado y tecnológico posibilitó una época de declive del discurso político ideológico. En tal dirección, lo que se consideraba como ideología extremista y radical pronto pasó a ser resuelto, no como un conflicto de ideales contradictorios, sino como el establecimiento de “discusiones civilizadas dentro de un marco consensuado de los principales valores y principios socialmente legítimos” (Eccleshall, 1993: 17).

La relativa disminución del extremismo en el discurso político durante las últimas décadas, ha significado una reducción significativa de efervescencias doctrinarias en la persecución de los fines políticos, lo que teóricamente destaca la declinación del fanatismo asociado con las creencias políticas, en las que han perdido relevancia las ideologías rígidas y conflictivas, y por el contrario, goza de mayor aceptación en la literatura predominante la conciliación ideológica y la resolución de problemas políticos por medios ideológicamente consensuados.

Sin embargo, una primera crítica sostiene que la tesis de “el fin de las ideologías” es prácticamente falsa (Cfr. Stoppino, 1993: 760), en cuanto los contrastes ideológicos no se han acabado, pues todavía emergen discursos que reivindican crisis raciales, étnicas, económicas, sociales y culturales que han dado origen a posiciones fuertemente radicalizadas. Una segunda crítica sostiene que existe un equívoco, en tanto se describen como declinaciones ideológicas aquellos traslados que pasan a realizar el profundo conflicto ideológico en nuevos escenarios de actuación. Finalmente, una última crítica a esta tesis sugiere que esta es, en últimas, una ideología en sí misma, en tanto “se funda en una valoración positiva de la política pragmática y, fundamentalmente, favorable al statu quo” (Stoppino, 1993: 761).

La pretensión de verdad en cada construcción de un discurso político ha constituido otro fuerte inconveniente en términos de alcanzar mayores acuerdos en la delimitación conceptual. Por tal razón, el acto mismo de identificar una forma de conciencia como ideológica entraña alguna noción insostenible de verdad absoluta, ya que hay un elemento de verdad en la mayoría de las creencias, y que para ser efectivas, las ideologías políticas

deben propender desde su discurso por ajustarse a un conocimiento incuestionable de la realidad social desde la interacción práctica. Por ello, una pretensión de verdad necesariamente ubica el escenario conflictivo en el que confluyen diferentes discursos políticos antagónicos que chocan y buscan su superioridad.

En palabras de Emmánuel Lizcano, “el sistema de ideas y valores de la clase dominante y el discurso destinado a legitimar y mantener dicho dominio, en particular se impone a sí mismo como discurso de la verdad” (2009: 8). En esa dirección argumentativa, los discursos políticos tienden a hacer de la ideología un elemento fácilmente instrumentalizable que permite favorecer ciertas percepciones específicas del mundo, y asimismo, les permite acumular adeptos y reafirmar concepciones deformadas del mundo social. Por tal razón, instrumentalizar las perspectivas ideológicas en un discurso político sugiere la definición de criterios últimos de verdad, que aunque puedan o no constituir una falsa representación, se legitiman ante el mundo social; pero sobre todo, hacerse a un instrumento de tal amplitud implica la adopción de postulados lo suficientemente rígidos para disputar su superioridad y definir los lineamientos que pugnan por el poder político, pues quien asuma detentar esa verdad absoluta podrá justificar su pensamiento y su accionar en el escenario político.

En otras palabras, las ideologías políticas “denotan cierta elevación de lo instrumental sobre el interés teórico por la verdad de las ideas en sí, sin sostener necesariamente que esto sea un juicio negativo” (Eagleton, 1997: 56). Finalmente, y en esa misma medida, la ciencia como instrumento técnico y político actúa como una parte importante de la legitimación ideológica, pues es capaz de traducir las cuestiones morales y políticas en cuestiones discursivas que impulsen la acción en los espacios sociales de imbricación, interrelación y disputas ideológicas.

Conclusión

La característica multidimensional del término ha impedido generar una única visión acerca de lo que es y debe ser una ideología. A pesar de ello, las líneas que constituyeron este escrito fijaron el objetivo de hacer comprensibles diferentes acuerdos y desacuerdos que giran en torno a la delimitación teórica del concepto, pues como se señaló inicialmente, la propuesta aquí elaborada apuntaba a construir un marco de análisis que permitiera identificar los postulados más relevantes en la literatura moderna. En ese sentido, se señala que coexisten diversas maneras de definir o conceptualizar la noción de ideología.

Desde un punto de vista muy general, se puede definir una ideología como un conjunto de ideas articuladas sobre la realidad social. También como una determinada visión del mundo que incluye múltiples dimensiones que abarcan lo social, lo político, lo étnico, lo religioso, lo cultural o lo económico. Las ideologías políticas son construcciones que realizan grupos de personas que comparten una determinada interpretación o representación sobre cómo debería organizarse el poder en una sociedad. Muchas veces, estas ideas compartidas se convierten en programas y en métodos de acción para llevar adelante los intereses y los proyectos de diferentes sectores de la sociedad.



De igual manera, para ampliar los horizontes comprensivos en el escenario más amplio del debate, se complejizó la ideología política desde varios sentidos, a saber, uno débil, uno fuerte y uno despectivo, del que puede concluirse que todos cobran hoy en día mayor vigencia y actualidad al encontrarse fuertemente interconectados entre sí, los cuales se establecen como criterios configuradores del discurso político ideológico. De aquí puede formularse una definición que conciba la ideología como una creencia motivada por intereses sociales, no solo los dominantes, atravesados por juicios de valor, que buscan reconstruir la sociedad desde la base material haciendo referencia a la legitimación de ciertas prácticas sociales y motivando constantemente las pasiones de los individuos, de los que se desprenden sólidos programas de acción política, alimentados por un discurso convincente y socialmente reconocido, que permite que sea reproducido, aunque, aparentemente, se evidencie la defensa de una falsa representación, pues es en últimas su defensa la que constituye una de las más importantes nociones para comprender el revestimiento del discurso político orientado al control y direccionamiento ideológico del comportamiento colectivo, en aras de sostener o transformar un orden político establecido.

Bibliografía

- Berlin, I. (1958) *Dos conceptos de libertad*. Oxford: Clarendon Press.
- Eccleshall, R. (1993) "El mundo de la ideología". En: Gheoghegan, V. *et al.*, *Ideologías políticas*. Madrid: Tecnos, pp. 13-39.
- Eagleton, T. (1997) *Ideología: una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Horkheimer, M. (1974) *El eclipse de la razón*. Nueva York.
- Lizcano, E. (2009) "Ciencia e ideología". En: Reyes, Román (Dir.) *Diccionario crítico de ciencias sociales*. Universidad Nacional de Educación a Distancia,.
- Marx, K. y E. F. (1974) *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Seliger, M. (1976) *Ideología y política*. Londres: Unwin.
- Stoppino, M. (1993) "Ideología". En: Bobbio, N., N. Mateucci, y G. Pasquino, (Eds.) *Diccionario de política*. Madrid: Siglo XXI editores, pp. 754-770.
- Wilford, R. (1993) "Fascismo". En: Gheoghegan, V. *et al.*, *Ideologías políticas*. Madrid: Tecnos, pp. 41-93.